



JENNY HAN

*No hay
verano
sin ti*

CROSS
BOOKS

JENNY HAN

*No hay
verano
sin ti*



Capítulo uno

2 de julio

Era un cálido día de verano en Cousins. Yo estaba tumbada junto a la piscina con una revista en la cara. Mi madre se entretenía jugando al solitario en el porche de delante, y Susannah se encontraba dentro, trajinando por la cocina. Seguro que saldría pronto con un vaso de té helado y un libro que recomendarme. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado haciendo surf toda la mañana. La noche anterior hubo tormenta. Conrad y Jeremiah regresaron los primeros. Los oí antes de verlos. Subían la escalera bromeando sobre cómo Steven había perdido el bañador por culpa de una ola particularmente violenta. Conrad se acercó a mí con aire decidido, apartó la sudada revista de mi cara, sonrió y dijo:

—Tienes palabras en las mejillas.

—¿Qué dicen? —pregunté entornando los ojos.

Se puso en cuclillas junto a mí y respondió:

—No está claro. Déjame ver.

Y entonces me miró el rostro detenidamente con su tí-

pica expresión seria. Se inclinó y me besó; sus labios estaban fríos y salados por culpa del océano.

En ese momento, Jeremiah comentó:

—Buscaos un hotel.

Pero yo sabía que estaba bromeando. Me guiñó el ojo, se acercó por detrás, levantó a Conrad y lo lanzó a la piscina.

Jeremiah también se tiró y gritó:

—¡Vamos, Belly!

Así que yo también salté. El agua estaba perfecta. Más que perfecta. Como siempre, Cousins era el único lugar en el que deseaba estar.

—¿Hola? ¿Te has enterado de algo de lo que acabo de decir?

Abrí los ojos. Taylor me estaba chasqueando los dedos en la cara.

—Lo siento —respondí—. ¿Qué decías?

No estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta. Nada volvería a ser igual. Habían pasado... ¿Cuántos días habían pasado? ¿Exactamente cuántos días? Dos meses desde que Susannah había muerto, y yo seguía sin poder creerlo. No podía permitirme creerlo. Cuando muere alguien a quien quieres, no parece real. Es como si le ocurriese a otro. Es la vida de otro. Nunca se me ha dado bien la abstracción. ¿Qué pasa cuando alguien se ha ido de verdad, para siempre?

A veces cerraba los ojos y repetía una y otra vez dentro de mi cabeza: no es verdad, no es verdad, esto no es real. Ésta no es mi vida. Pero lo era; era mi vida ahora. Después.

Me encontraba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban haciendo el tonto en la piscina y las chicas permanecían tumbadas en las toallas de playa, todas en fila. Marcy era mi amiga, pero el resto, Katie, Evelyn y las demás, eran más bien amigas de Taylor.

Ya estábamos a treinta grados, y sólo era mediodía. Iba a ser un día caluroso. Estaba tumbada boca abajo y sentía el sudor acumulándose al final de la espalda. Sólo estábamos a 2 de julio y ya contaba los días que faltaban para el final del verano.

—Te preguntaba qué te vas a poner para la fiesta de Justin —repitió Taylor. Había extendido nuestras toallas una al lado de la otra, así que era como si estuviésemos en una sola toalla gigante.

—No lo sé —contesté, dándome la vuelta para quedarnos frente a frente.

Tenía gotas de sudor diminutas en la nariz. Taylor siempre empezaba a sudar por la nariz. Dijo:

—Yo me pondré el vestido de tirantes nuevo que compré con mi madre en el centro comercial.

Volví a cerrar los ojos. Llevaba gafas de sol, así que Taylor no podía distinguir si los tenía abiertos o no.

—¿Cuál?

—Ya sabes cuál, el de lunares diminutos que se anuda al cuello. Te lo enseñé hace unos dos días.

Taylor soltó un pequeño suspiro de impaciencia.

—Ah, sí —contesté, pero seguía sin acordarme, y sabía que Taylor lo había notado.

Empecé a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero de repente sentí aluminio frío como el hielo pegado a la nuca. Chillé y ahí estaba Cory Wheeler, agachado a

mi lado con una lata de coca-cola goteando en la mano y desternillándose de risa.

Me erguí y lo fulminé con la mirada mientras me secaba el cuello. Estaba harta de ese día. Sólo deseaba marcharme a casa.

—¡Pero qué narices, Cory! —Él seguía riendo, lo que me hizo enfadar aún más—. Por Dios, eres tan inmaduro.

—Pero si parecías muy acalorada —protestó—. Sólo intentaba refrescarte.

No le respondí; me seguí restregando la nuca. Sentía la mandíbula muy tensa y notaba las miradas fijas del resto de chicas. Y entonces, la sonrisa de Cory desapareció y dijo:

—Lo siento. ¿Quieres la coca-cola?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros y se refugió en la piscina. Eché un vistazo y vi que Katie y Evelyn ponían cara de pero-qué-le-pasa, y me sentí avergonzada.

Ser cruel con Cory era como ser cruel con un cachorro de pastor alemán. No tenía ningún sentido. Demasiado tarde, intenté llamarle la atención, pero no me devolvió la mirada.

—Era sólo una broma —dijo Taylor en voz baja.

Volví a tumbarme en la toalla, esta vez boca arriba. Inspiré profundamente y espiré con lentitud. La música del iPod de Marcy me estaba provocando dolor de cabeza; estaba demasiado alta. Y tenía mucha sed. Debería haber aceptado la coca-cola de Cory.

Taylor se inclinó y me levantó las gafas de sol para poder mirarme a los ojos. Me observó fijamente.

—¿Estás enfadada?

—No. Lo que pasa es que hace mucho calor aquí fuera.

Me sequé el sudor con el antebrazo.

—No te enfades. Cory no puede evitar comportarse como un idiota contigo. Le gustas.

—No le gusto —respondí, apartando la vista. En realidad sí que le gustaba, y lo sabía. Pero deseaba que no fuese verdad.

—Lo que tú digas. Pero está completamente colgado de ti. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad. Te distraerá de ya-sabes-quién.

Volví la cabeza y dijo:

—¿Qué te parece si te hago una trenza de espiga para la fiesta de esta noche? Puedo trenzarte la parte de delante y sujetarla a un lado, como la última vez.

—Vale.

—¿Qué te vas a poner?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que estar guapa porque todo el mundo estará allí —prosiguió Taylor—. Vendré temprano para que podamos arreglarnos juntas.

Justin Ettelbrick celebraba una gran fiesta de cumpleaños cada mes de julio desde octavo curso. En julio, yo ya estaba en Cousins Beach, y mi casa, la escuela, y los amigos de clase quedaban a un millón de kilómetros de distancia. Nunca me había importado perdérmela, ni siquiera cuando Taylor me habló de la máquina de algodón de azúcar que sus padres alquilaron un año, ni cuando lanzaron fuegos artificiales sobre el lago.

Éste iba a ser el primer verano que estaría en casa para la fiesta de Justin, y también, el primero que no pasaba en Cousins. Y eso me importaba. Me dolía. Creía que iba a pasar en Cousins todos los veranos de mi vida. La casa de

verano era el único lugar en el que quería estar. Era el único lugar en el que había deseado estar.

—Irás, ¿verdad? —me preguntó Taylor.

—Sí, ya te dije que iría.

—Lo sé, pero... —Taylor arrugó la nariz y se interrumpió—. Olvídalo.

Sabía que mi amiga esperaba que las cosas volviesen a la normalidad, que fuesen como antes. Pero nunca serían igual. Ya nunca volvería a serlo.

Antes tenía fe. Creía que si deseaba algo lo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, todo saldría como quería. El destino, como solía decir Susannah. Deseé a Conrad en cada cumpleaños, cada estrella fugaz, cada pestaña caída, cada penique en una fuente estaba dedicado a la persona a la que amaba. Creía que siempre iba a ser así.

Taylor quería que olvidase a Conrad, que lo borrara de mi mente y de mi memoria. No dejaba de repetir cosas como:

—Todos tenemos que superar nuestro primer amor, es un rito de madurez.

Pero Conrad no era simplemente mi primer amor. No era ningún rito de madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mis recuerdos, los tres siempre estarían ligados, unidos, entrelazados. No podía haber uno sin los demás.

Si olvidaba a Conrad, si lo expulsaba de mi corazón, si fingía que nunca estuvo allí, sería como hacerle lo mismo a Susannah. Y eso no podía hacerlo.

Capítulo dos

Antes, cuando terminaban las clases en junio, metíamos las maletas en el coche y nos dirigíamos directamente a Cousins. Mi madre iba a la tienda el día anterior y compraba botellas de zumo y cajas de tamaño económico de barritas energéticas, protector solar y cereales integrales. Cuando le rogaba que comprase Lucky Charms o Cap'n Crunch, mi madre decía:

—Beck tendrá cereales de los que te pudren los dientes de sobra, no te preocupes.

Tenía razón, claro. A Susannah —Beck para mi madre— le encantaban los cereales para niños, igual que a mí. Los devorábamos en la casa de verano. Nunca llegaban a ponerse blandos. Hubo un verano en el que los chicos comieron cereales para el desayuno, el almuerzo y la cena. Mi hermano, Steven, era de Frosted Flakes, Jeremiah era de Cap'n Crunch y Conrad, de Corn Pops. Jeremiah y Conrad eran los hijos de Beck y disfrutaban de sus cereales. En cuanto a mí, yo me comía lo que quedase mientras tuviese azúcar.

Había estado yendo a Cousins toda mi vida. Casi diecisiete años jugando a perseguir a los chicos, esperando y deseando ser algún día lo bastante mayor como para formar parte de su pandilla. La banda veraniega de los muchachos. Por fin lo había conseguido, pero ya era demasiado tarde. En la piscina, la última noche del último verano, dijimos que siempre volveríamos. Da miedo pensar con qué facilidad se rompen las promesas. De forma tan simple.

Cuando llegué a casa el verano anterior, esperé. Agosto se convirtió en septiembre, empezaron las clases y yo seguía esperando. No es que Conrad ni yo nos hubiésemos declarado. No es que fuera mi novio. Sólo nos habíamos besado. Empezaba la universidad, donde habría un millar de chicas distintas. Chicas sin toques de queda, chicas en su dormitorio, todas más inteligentes y guapas que yo, todas misteriosas y completamente nuevas, de una forma que yo nunca podría llegar a ser.

Pensaba en él constantemente, en lo que había significado, en lo que éramos el uno para el otro. Porque no podíamos echarnos atrás. Sabía que yo no podría. Lo que había ocurrido entre nosotros, entre Conrad y yo, entre Jeremiah y yo, lo había cambiado todo. Así que cuando llegó agosto y después septiembre y el teléfono seguía sin sonar, sólo tenía que pensar en cómo me había mirado esa última noche para comprender que aún había esperanza. Sabía que no me lo había imaginado. No podía haberlo hecho.

Según mi madre, Conrad ya se había mudado a su residencia de estudiantes, tenía un compañero de habitación insoportable y Susannah estaba preocupada por que no

comiese lo suficiente. Mi madre me contaba estas cosas de pasada, como quien no quiere la cosa, para no lastimar mi orgullo. Nunca la presioné para que me facilitara más información. El caso es que yo sabía que iba a llamar. Lo sabía. Así que sólo me quedaba esperar.

La llamada llegó durante la segunda semana de septiembre, tres semanas después de la última vez que lo había visto. Estaba comiendo helado de fresa en el salón y me peleaba con Steven por el mando a distancia. Era un lunes a las nueve de la noche, el horario de máxima audiencia. Sonó el teléfono y ni Steven ni yo nos movimos para contestar. El que se levantase perdería la batalla por el televisor.

Mi madre respondió en su despacho. Trajo el teléfono al salón y dijo:

—Belly, es para ti. Es Conrad. —Y me guiñó un ojo.

Me empezaron a zumbar los oídos. Oía el océano. El rumor, el bramido en los tímpanos. Fue como un subidón. Un momento de éxtasis. Había esperado ¡y ésa era mi recompensa! Tener razón y ser paciente nunca me había sentido tan bien.

Fue Steven el que me sacó de mi ensimismamiento. Frunciendo el entrecejo, dijo:

—¿Por qué te llama a ti?

No le hice caso y tomé el teléfono que me ofrecía mi madre. Me alejé de Steven, del mando a distancia, de mi plato de helado derretido. Nada de eso importaba ya.

Hice esperar a Conrad hasta que estuve en la escalera antes de decir nada. Me senté en los escalones y dije:

—Hola. —Intenté reprimir la sonrisa que me asomaba a los labios; sabía que la sentiría a través del teléfono.

—Hola —respondió—. ¿Qué tal?

—Nada nuevo.

—Adivina qué —dijo—. Mi compañero de habitación ronca incluso más fuerte que tú.

La noche siguiente volvió a llamar, y la noche después. Charlábamos durante horas. Al principio, cuando sonaba el teléfono, y era para mí y no para Steven, éste se sentía confundido.

—¿Por qué te llama Conrad continuamente? —preguntó.

—¿Tú qué crees? Le gusto. Nos gustamos.

A Steven casi le entran arcadas.

—Se ha vuelto loco —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Te parece imposible que le guste a Conrad Fisher? —repose desafiante cruzándome de brazos.

—Sí —resolvió sin pensárselo dos veces—. Es imposible. Y, seamos sinceros, lo era.

Era como un sueño. Irreal. Después de tanto suspirar, ansiar y desear años y años lo mismo, veranos enteros, él me llamaba a mí. Disfrutaba hablando conmigo. Lo hacía reír incluso cuando no quería. Yo entendía por lo que estaba pasando porque, en cierto modo, a mí me ocurría lo mismo. Sólo había unas pocas personas en el mundo que quisiesen a Susannah tanto como nosotros. Creí que eso sería suficiente.

Nos convertimos en algo. Algo que nunca llegó a definirse con exactitud, pero era algo. Algo de verdad. Varias veces condujo las tres horas y media que se tardaba en llegar desde la universidad hasta mi casa. En una ocasión, se quedó a pasar la noche porque se había hecho tan tarde

que mi madre no quiso que condujese de regreso. Conrad se quedó en la habitación de invitados y yo permanecí tumbada en la cama, despierta durante horas, pensando en que él dormía a sólo unos metros de distancia; de entre todos los lugares del mundo, en mi casa.

Si Steven no se hubiese pegado a nosotros como una lapa, sé que Conrad habría intentado besarme. Pero con mi hermano allí, era prácticamente imposible. Conrad y yo estábamos viendo la tele y él se sentaba justo entre los dos. Hablaba con Conrad de cosas de las que yo no sabía nada o que no me interesaban, como de fútbol. Una vez, después de cenar, pregunté a Conrad si le apetecía ir a tomar natillas heladas a Brusters y Steven metió cucharada al instante y dijo:

—Suenan bien.

Le eché una mirada furiosa, pero él se limitó a sonreírme de oreja a oreja. Y entonces Conrad me tomó de la mano justo enfrente de Steven y dijo:

—Vamos todos.

Así que fuimos todos, mi madre incluida. No podía creerme que estuviese yendo a una cita con mi madre y mi hermano sentados en el asiento trasero.

Aunque, en realidad, sirvió para que aquella noche única de diciembre supiera más dulce. Conrad y yo regresamos a Cousins, los dos solos. Las noches perfectas son muy escasas, pero ésa lo fue. Perfecta, quiero decir. Fue una noche por la que había valido la pena esperar.

Me alegro de que tuviésemos esa noche. Porque en mayo, todo había terminado.